

Arsenio Escolar  
Ignacio Escolar  
**La nación inventada**

Una historia diferente de Castilla

*ediciones peninsula*

## ÍNDICE

De «La nación inventada» a «La nación inventora».	
Prólogo a la edición de 2020, diez años después	3
Preámbulo. Los mitos fundacionales	9
1. De Bardulia a Castilla	15
2. Los últimos visigodos y los primeros musulmanes	19
3. Los jueces de Castilla	25
4. Fernán González	31
5. Los primeros baluceos de la lengua	41
6. El Califato de Córdoba	47
7. Almanzor	55
8. Fernando I	61
9. Los reinos de taifas	69
10. El Camino de Santiago	73
11. El románico	85
12. Sancho II	99
13. El Cid	105
14. Alfonso VI	123
15. Los almorávides	137
16. De nombres y lugares	145
17. La repoblación	153
18. Las ciudades	163
19. El poder	177
20. Urraca I y Alfonso VII	183
21. Los almohades	193
22. Los judíos	199
23. Alfonso VIII	207

24. La batalla de Las Navas de Tolosa	223
25. El arte de la guerra	231
26. Las víctimas de la guerra	247
27. La Mesta	265
28. Gonzalo de Berceo	273
29. Fernando III	285
30. Los creadores de los mitos	305
Bibliografía y agradecimientos	315
Índice onomástico	319
Índice toponímico	329

## DE «LA NACIÓN INVENTADA» A «LA NACIÓN INVENTORA»

PRÓLOGO A LA EDICIÓN DE 2020, DIEZ AÑOS DESPUÉS

Este libro pudo no existir. Se hizo casi por azar, al acabar por casualidad una conversación de sobremesa entre los luego autores y un editor que no los conocía personalmente y que les llamó a puerta fría para proponerles este proyecto.

Cuando ya se puso en marcha, este libro iba a ser una especie de gran reportaje sobre la Castilla medieval, o un conjunto de grandes reportajes, cada uno de ellos con su entradilla, su nudo y su desenlace y salidilla, que era la idea inicial de uno de los luego autores. Andando el tiempo, sobre la marcha y por el impulso del otro autor, se convirtió en un pequeño ensayo con su tesis final incluida, en la que se recogían distintas investigaciones académicas muy críticas con los mitos fundacionales castellanos.

El título con que en 2010 salió este libro, *La nación inventada*, es una licencia consciente e intencionada. Los autores saben que el concepto de lo que hoy entendemos por nación nació hace no mucho más de dos siglos, y que no existía como tal en las centurias medievales que se relatan y se glosan aquí, pero también creen los autores que sin esa licencia intencionada al libro le hubiera costado bastante más centrar sus reportajes y su tesis, y ni hubiera despertado el interés que generó ni hubiera desatado un pequeño debate totalmente pertinente entonces y ahora: ¿Hay alguna nación natural, alguna que no sea una nación inventada, con sus mitos fundacionales ciertos y falsos?

En el verano de 2008, uno de los luego autores de este libro, Arsenio, pasó unos días de vacaciones en Creta. Como siempre en sus viajes largos, se llevó algunos libros que trataban del lugar de destino. Entre ellos, la *Historia de los griegos*, de Indro Monta-

nelli, un libro divulgativo publicado por primera vez en 1959 y escrito al calor del éxito de público y crítica que había tenido el prolífico y longevo periodista italiano con una obra anterior: la *Historia de Roma*, de 1957. Antes que en libro, esta última se había publicado por entregas en *La Domenica del Corriere*, un suplemento dominical ilustrado del diario *Corriere della Sera*, suplemento del que el propio Montanelli había sido años atrás el director. Una y otra obras contaban la historia con técnicas periodísticas, de reporterismo puro y duro, y estaban pensadas para un público lector muy amplio y nada académico. Ambas han sido traducidas a muchos idiomas y han logrado millones de lectores en todo el mundo en estas últimas seis décadas. Ambas eran obras muy populares entre los estudiantes de Periodismo de los años setenta del siglo pasado, cuando Arsenio cursaba esos estudios en la Universidad Complutense de Madrid. El reportaje es una técnica, decían algunos profesores de aquellos años, que se puede aplicar a todo tipo de historias, incluso a las historias grandes y pequeñas de la historia, y ponían como ejemplo los dos libros de Montanelli.

Pocas semanas después del viaje a Creta y de la nueva lectura del libro de Montanelli sobre la antigua Grecia, Arsenio e Ignacio, padre e hijo, ambos periodistas y ambos burgaleses, nos preguntamos en un almuerzo familiar si seríamos capaces de hacer con la historia antigua de Castilla algo parecido a lo que el italiano hizo con la suya y con la griega: contar el pasado remoto para todos lo públicos, sin aire profesoral tedioso, con afán divulgador, mezclando anécdota y categoría, de modo a ser posible poco o nada plúmbeo y muy ameno, con rigor y al mismo tiempo con chispa y soltura. Con técnicas narrativas más propias de un reportero que de un historiador, en definitiva. Contar la Castilla medieval, en fin, con un conjunto de historias y aplicándonos aquel consejo que al propio Montanelli le dio el director de un diario de Estados Unidos en el que se inició el joven Indro en el oficio: «Hacer que cada artículo pueda ser leído y entendido por cualquiera, incluso por un lechero de Ohio».

El proyecto se hubiera quedado en nada, en conversación de sobremesa relajada, si varias semanas después, avanzado el otoño de 2008, no hubiéramos recibido una llamada desde un número que no estaba en nuestra agenda.

—Me llamo Manuel Fernández Cuesta. Soy el director de Ediciones Península. Me han dicho que los Escolar queréis escribir una historia de la antigua Castilla. Me interesa. ¿Podemos quedar a comer y a hablarlo?

Pese a que en ese momento ambos dirigíamos diarios y estábamos muy cargados de trabajo, no supimos negarnos, aun a sabiendas de lo que se nos venía encima. Había que documentarse mucho, leerse o releerse muchos textos antes de ponerse a escribir una sola línea, visitar algunos lugares relevantes de la historia castellana... Nos costó mucho más tiempo y esfuerzo del que calculábamos. Incumplimos con Manuel algunos plazos de entrega de guiones y primeros borradores. El texto final no estuvo listo hasta el verano de 2010.

Aunque inspirado en *Historia de Roma* y en *Historia de los griegos*, este libro es algo diferente, algo alejado de la fórmula «a lo Montanelli» que barajamos al principio. Es un mixto, un ecléctico. Un texto de divulgación histórica en forma a veces de gran reportaje, sí, pero que además es un ensayo, una tesis. Tal vez la suma del Escolar más reportero, Arsenio, y el Escolar más columnista, Ignacio. Pero no hay capítulos de un autor y capítulos de otro, ambos intervinimos en todos a cuatro manos. Hicimos un guion inicial, nos repartimos los campos, hicimos cada cual las primeras versiones de los que nos tocaron y luego segundas versiones sobre la que había hecho el otro... A distancia y también cara a cara, tras debatir mucho entre nosotros los enfoques. Las últimas versiones y muchos de los capítulos finales los cerramos en jornadas de doce o quince horas, frente a frente, casi aislados en una casa en Almería —que también fue Castilla medieval durante los años centrales del siglo XII, conquistada por Alfonso VII— de la que solo salíamos para tomar algo ligero en un chiringuito.

En esta nueva edición aumentada y corregida, se han ampliado algunos pasajes y se han corregido algunos pequeños errores e imprecisiones, pero no se ha cambiado ninguno de los planteamientos básicos de la obra original. Se podía haber hecho, y además para aumentar la carga de la prueba argumental de la tesis principal, pues en la última década se han publicado nuevas investigaciones que han puesto aún más en cuestión algunos de los grandes mitos castellanos, entre ellos y especialmente el del Cid. Pero se ha optado por mantener el planteamiento en su nivel original.

Lo que sí merece la pena revisar, siquiera sea de manera somera en este prólogo, es la otra cara de la historia de Castilla, la de verdad deslumbrante, innovadora, pionera. La que permitiría retitular este libro como *La nación inventora*, o *La nación creadora*. Porque además de inventarse unos mitos —igual que han hecho todos los pueblos para enraizar su presente en un pasado legendario—, Castilla también fue la creadora de muchas otras novedades bastante más desconocidas que las hazañas del Cid.

Aquella Castilla fue, en palabras del historiador Claudio Sánchez Albornoz, «un islote de hombres libres rodeado por un mal feudal». Un lugar donde las clases sociales no eran tan rígidas como las de sus vecinos. Una suerte de *far west* medieval, en el que la guerra casi permanente con el sur musulmán labraron una estructura política menos rígida y vertical, muy diferente a la de los demás reinos cristianos de la época.

Castilla fue uno de los últimos reinos en nacer en esa Península Ibérica medieval. Son más antiguos el reino de Pamplona y el de Aragón, y más aún el de León, que durante siglos fue la metrópoli del entonces condado castellano. Pero aquel pequeño reino acabó siendo el más grande de todos ellos, en gran medida por sus innovaciones políticas, provocadas sobre todo por la guerra. El propio nombre de Castilla viene de un artefacto de guerra: de la abundancia en la zona fundacional de los castillos, esas orgullosas fortificaciones defensivas casi inexpugnables hasta el descubrimiento de la pólvora.